Diálogos en Israel, con Max Brod y S. Izhar

DE LA INVENCION DE UNA CULTURA

Inventar un país es lo de menos. Lo difícil es inventar una cultura. Ocupar un territorio, determinarle fronteras, crear un estado, organizar un ejército bien pertrechado, cultivar el desierto, llevar agua de una punta a la otra del país, construir fábricas, poner ferrocarriles, caminos, una marina mercante, una aviación, distribuir varias ciudades nuevas sobre el campo yermo, crear una estructura jurídica, política y social partiendo de cero, todo eso parece en Israel un juego de niños al cual los habitantes se han dedicado con un empeño tan entusiasta como discutidor (Bien decía Weizmann que él era presidente de un millón de presidentes).

Es ese el mundo de las realidades materiales, las necesarias estructuras de base. Pero ellas no se crean —y menos en un país que vive un curioso proceso colindante con lo revolucionario— como el único fin de la vida social, *sino como* el soporte real o como la consecuencia práctica, —la añadidura—, de un gran esfuerzo ideal que pertenece al orden superior de la cultura. Ahí está el problema que, por lo menos a mí, más me ha interesado recorriendo Israel, y más lo he conversado con sus intelectuales, hasta confundirme y de golpe sentirme en mi propio país diciendo y oyendo las mismas cosas que aquí acostumbramos a debatir cuando hablamos de una cultura nacional. Para ser más exactos: sentirme en mi país si en él los problemas se multiplicaran por cien o por mil, pues si el Uruguay nuevecito se parece al Israel más nuevo aún a pesar de la milenaria cultura, es sólo en los planteos pero no en la complicación de su problemática. (Una experiencia de irritación que se produce en cuanto se saca la nariz fuera del país propio: que aquí, en definitiva, los problemas son mínimos, fácilmente resueltos, si se aplicara a ellos un poco de inteligencia y de energía).

¿Qué es el Uruguay? o ¿Qué es América? La pregunta suena como un rosario inacabable que en estas comarcas se desgrana desde hace siglos. Las respuestas, con el acostumbrado desborde verbal latinoamericano, no han conformado a nadie todavía. ¿Qué es Israel? oí decir y repetir allá, poniendo a la pregunta las mismas colas verbalistas que aquí. Terminé por satisfacerme con una mínima y paradójica que me hice: Israel es un quehacer, en eso está su virtud.

MAX BROD

No bien llegado pregunté por las comidas y bebidas peculiares del país (me gusta conocer los sabores propios de las comarcas que piso, asemejarme por ellos a los hombres que *allí* viven) y después de muchos conciliábulos me llevaron a comer "humus" en un restaurant árabe: una harina de garbanzos con aceite y picantes que se come limpiando el plato con un pan chato, correoso y que a *mí me* resultó *espléndido*. La comida típica de los judíos de Israel, aprendí entonces, es la comida de los árabes.

"Pero ¿y la "pâtisserie"? ¿dónde están aquellas tortas riquísimas que comía en las confiterías *judías* de Montevideo?" "¡Ah! ¿Ud. quiere comer repostería alemana?" "Sí, claro, eso, tiene usted razón". Encontré las confiterías alemanas y encontré las pizerías que pálidamente evocan las rioplatenses, y encontré las casas griegas donde seguir pringándome con los "baclavas", y encontré un restaurant búlgaro donde comer la comida típica de Bulgaria, que resultó una muy familiar "parrillada". Benno Weisser, que me acompañaba en la recorrida por el Neguev, descubrió un paté de huevos de pescado que añoraba hacía años: lo vendía un comerciante tunecino de Beer Sheva, quien decía haberlo traído de su país.

Se comprenderá que uno deba interrogarse de nuevo: ¿qué es un judío? o hacer coro a los que allá se preguntan ¿qué es un israelí? Al uruguayo común le parece el ser de más fácil definición del planeta: tiene nariz ganchuda, vive en Villa Muñoz, dirige un sórdido negocio o vende corbatas, viste mal al principio pero luego gasta auto donde llevar a su esposa y los zorros de su esposa, es un usurero y corresponde estafarlo. ¡Qué asombro si a este uruguayo común lo dejan caer en Israel! Porque cuando encuentre, después de mil vueltas y equivocaciones, a su judío, muy probable que oiga: ese, pero ese es un centroeuropeo. Nuestros judíos son centroeuropeos y en nada se parecen a los otros de otras partes del mundo. Ni por el físico, ni por la lengua, ni por la cultura, ni por las costumbres, ni siquiera por la religión, se puede determinar el común denominador. Los muchachos que en el kibutz de Meneghino me ofrendaron el hospitalario mate —bienvenido luego de mes y medio sin probarlo— eran rioplatenses químicamente puros, quizás más que yo.

¿Quiénes más fieles a la tradición judía que los habitantes del pintoresco barrio de Jerusalem, el Meshearim? Devotos, minuciosos observantes de la Biblia, ni siquiera reconocen al estado de Israel por parecerles escasamente fiel a la tradición judía. Están poseídos del orgullo de los puros ("No te acerques, ese es un cristiano" le dice un niño a su compañerito a quien hago una broma, y en su cara, donde cuelgan los rizos femeninos, hay una mueca de desprecio) y sin embargo en Israel resultan más extranjeros, más exóticos, que los uruguayos allí instalados. En la Biblia se dirá que el hombre debe llevar la cabeza cubierta y que el traje debe ser decente, pero es difícil que se encuentre un versículo que imponga el uso del sombrero hongo y del largo kaftan, porque esa es la vestidura del señor feudal polaco que ellos imitaron en sus siglos de ghetto europeo: ahora justifican la imitación Biblia en mano. Recorro, —deprimido— una de sus escuelas, donde los niños se hamacan en los bancos coreando las genealogías de los patriarcas: difícil que este infecto sistema pedagógico sea preconizado por la Biblia, ya que es simple rezago de una anacrónica pedagogía cristiana. La fidelidad a la Biblia no ha impedido la penetración de la cultura polaca tradicional en la que vivieron durante siglos, y es ella la que continúan y defienden con un encarnizamiento que sólo la increíble libertad de Israel tolera.

Hay aquí judíos de todas partes del mundo, pero lo singular es que son distintos, que cada grupo se corresponde minuciosamente a la cultura del país en que vivió: alemanes, yemenitas, marroquíes, ingleses, polacos, rumanos, rioplatenses, con sus costumbres, lenguas y hasta ideas. Arciniegas me cuenta una ilustrativa anécdota atribuída a nuestro Rodríguez Fabregat (nuestro para Israel, pues sólo el respeto al Uruguay ha impedido que se le elevara un monumento como benefactor de la patria). Cuando llega al país el chofer lo saluda en español, o más bien en el ladino de los sefardíes. "¿Y Ud. como es que habla español?" "Cómo no voy a hablarlo si soy griego". Seguramente había nacido en Grecia, gustaba del vino con "retzina" y de la parla inagotable, pero era sefardí y por lo tanto guardaba la lengua, el español del cuatrocientos, con una fidelidad que ni siquiera la expulsión ignominiosa por los Reyes Católicos fue capaz de tornar en aborrecimiento. (A estos hombres les debemos todos los hispanoparlantes un homenaje de gratitud y yo, de los muchos que hay en Israel, me he sentido un prójimo y casi un cómplice).

En Galilea he conversado de la situación argelina con un profesor que hablaba espléndido *francés y que por pensamiento, expresión, formación*, era un típico francés de Argel. En Accro (que es Saint Jean d'Accre, la ciudad de los cruzados, que conserva milagrosamente su aire original y tiende sobre el Mediterráneo un escenario *como* para el Otelo) converso en un inglés torpísimo con el maitre de un restaurant, hasta que un españolismo nos lleva al interrogatorio del reconocimiento: ¿Sefardita? No. ¿Español? No, latinoamericano. ¿De dónde? Del Uruguay. Es lector de MARCHA, devoto del teatro nacional, nos convidamos con un café "a la turca" dado que hasta allí no ha llegado el café "a la italiana", y nos sentimos a nuestras anchas bajo el crepitante sol que realza la ciudad amurallada.

Podría acumular doscientas anécdotas veraces, pero ¿a qué más? Sí, este país es un mosaico de culturas, y ello hace la enorme dificultad para constituir una nacionalidad, una cultura coherente y en particular una literatura.

★ *Una lengua que revive*

Una literatura es, primero que nada, una lengua viviente. Después de larguísimos debates, el sionismo, que estuvo a punto de preferir el alemán y que lo rechazó, Hitler mediante, se decidió por el hebreo. A todo hombre sensato de ese momento le pareció una locura. El hebreo era una lengua muerta, enterrada, sólo cultivada por algunos extravagantes, y además una lengua difícil, ajena al mundo moderno. No la hablaba casi nadie, hacía siglos que en ella no se escribía, se la estudiaba como al latín, con las mismas imprecisiones, para el análisis del Antiguo Testamento. Y sin embargo vive, y se habla. Me he pasado acechando ese sonido que terminó haciéndoseme familiar y que se cuela entre la algarabía de las restantes lenguas, trepa sobre ellas, se impone. Los niños hablan hebreo: colgándome de una medianera atiendo al patio de una escuela de Tel Aviv, y sí, hablan hebreo entre ellos, con ese modo alusivo y acortado que tienen los niños para manejar un idioma. En los negocios es el hebreo el que se abre paso, a partir del saludo, y sólo una confianza mayor autoriza el empleo de la lengua extranjera entre vecinos. Pero el remate de las encuestas lo dan los porteños, llegados hace unos pocos años, cuando los veo vacilar en el diálogo vivaz, y preguntar a otro: ¿cómo se dice en español? La misma voluntariedad puesta a conservar la lengua por los sefarditas es la que ahora ponen a hacer vivir el hebreo como lengua común.

Izhar, seguramente el más talentoso de los novelistas jóvenes de Israel, me dice: "Piense lo que significa apropiarse de una lengua. Y una lengua sólo está viva cuando se la puede usar en el mercado para insultar al vecino. Hace siglos que nadie insultaba en hebreo, y esa es la gran conquista que hemos logrado". Sí, una locura que se ha hecho realidad y que pondrá melancólicos a los irlandeses. Cuando en 1946 obtuvieron su independencia, tan secularmente peleada, descubrieron que habían perdido el idioma, que el conquistador les había impuesto el iglés. Los griegos, cuando conquistaron su independencia hace siglo y medio, aspiraron a volver a la pureza del idioma original, pero ni el demótico ni la Khatarevoussa pudieron ser desalojados. La empresa de revivir una lengua muerta es una de las batallas más apasionantes de la época moderna, y se cumple, con buen éxito, en un paisito insignificante del Medio Oriente, porque se habla mucho de Israel y son muchos los que creen que es una gran potencia. Para ellos es conveniente recordarles que tiene una superficie de 20.000 kilómetros cuadrados, algo así como el departamento de Tacuarembó.

Pero si el hebreo pudo ser la solución salomónica de la querella lingüística en Israel, por apelar a una lengua prestigiosa, realmente propia del tradicional pueblo judío, y ajena a toda influencia de grupo o de país, sus consecuencias sobre la literatura son por ahora incalculables. Los escritores judíos, venidos del extranjero, y los nacidos en esta tierra, los llamados "sabras", hace años que se expresan en hebreo, moviéndose entre el Escila y Caribdis de un idioma: por un lado la articulación rígida, ambigua, de una lengua antigua; por otra parte la constante necesidad de inventar para adecuarla a una realidad viva, lo que hace que la Academia de la Lengua Hebrea sea de las más activas del mundo.

Pero si escribir en español es, como decía Henriquez Ureña, condenarse a inédito, ¿que será usar una lengua como el hebreo, que por ahora sólo hablan, en el mundo, apenas si un millón de personas? La consecuencia inmediata es el minucioso desconocimiento en el exterior, tanto de la existencia de una literatura activa como de nuevos escritores israelíes: se han publicado decenas de testimonios sobre Israel, páginas llenas de kibutz, fábricas, pintoresquismo, de las que se extrae la sensación de que no existe ningún intento por crear una cultura, una literatura, un arte.

En un agudo ensayito, **Perfil cultural de Israel**, Benno Weisser registra esta limitación que impone el uso del hebreo, y anota: **"De ahí que un libro como Exodus, en inglés, que habla del surgimiento de Israel, se haya convertido en un éxito de librería, mientras que una obra monumental y profunda sobre el mismo tema, "Los días de Siclag", de S. Izhar, es completamente desconocida fuera de Israel".** Efectivamente, tanto esta novela, como su autor, son conocidos y admirados en Israel en la misma medida en que se los ignora en el exterior: por primera vez un cuento suyo se publicará en inglés dentro de

Angel Rama

ORIGINAL EN ISRAEL

una **Antología de la literatura israelí contemporánea**, que aparece estos días en Nueva York.

★ *Izhar: fundar un arte*

Cuando a Izhar le pregunto cuáles son a su entender los mejores escritores de Israel, me cita a Azaz y a Agnon, que más semejan para nosotros nombres bíblicos que personas reales, contemporáneas, y escribientes. **"Pero es imposible traducirlos** —agrega— **porque su mayor valor está en el uso mismo del idioma, en la elaboración de la lengua".** Parecería que el estreno de un idioma fuera de la mano con el disfrute regocijado de sus posibilidades expresivas, y el mismo Izhar tiembla cuando se habla de traducir algo suyo. La versión inglesa de su cuento "El prisionero" ha estado bajo su vigilancia dado que se trata de una lengua que conoce muy bien.

Izhar tipifica el nuevo espíritu de esta literatura en formación. Tiene ahora 45 años, es un hombre joven, de mirada intensa, calmo y reservado a pesar de su disposición cordial. Nos encontramos en el Parlamento, dado que su función primera, en el país, es ser diputado, (por el partido Mapai), y sólo esporádicamente, como una segunda tarea dejada de lado con pudor, novelista. Es un "sabra", es decir, un nativo, y puede servir como ejemplo de este tipo humano que los israelíes ya han mitificado con empeño desde el nombre con que lo designan ("sabra" es el nombre de un cactus muy espinoso pero cuya pulpa es tierna y apetecida).

Hace diez años que es diputado y hace sólo doce que es escritor, cuando publicó su primera colección de cuentos, **El monte sobre la colina.** A ella siguió su primera novela, **La caravana a medianoche**, un volumen titulado **Cuatro cuentos**, diversas colecciones de cuentos infantiles **"que sin embargo no son muy infantiles"** me acota, y por último, hace cuatro años, su novela **Días de Siclag** que lo consagró como el más importante novelista joven y como el intérprete de la nueva generación de jóvenes israelíes. Un pequeño combate de la guerra de liberación, la toma de una posición enemiga, sirve de asunto central a la novela que a pesar de sus quinientas páginas sólo abarca un lapso de cuatro días. Con una técnica de análisis interior, lento, penetrante, con un juego de alternancia de tiempos, se trata de examinar a un conjunto de combatientes, su mundo, sus motivaciones, sus quereres.

Izhar se rehusa a establecer la genealogía de sus antepasados literarios, ni siquiera en la muy pregonada influencia sobre él del americano Thomas Wolfe. Prefiere ofrecer un panorama fiel de lo que es un escritor, hoy, en Israel —pero también aquí— dado el mundo contemporáneo al que pertenecemos. **"Todas las obras del mundo, una vez que las hemos leído, forman parte de nosotros, y es a partir de ellas que creamos. El escritor actual no está aislado, integra esa comunidad, y es responsable de las más variadas influencias".**

A pesar de su actividad política, de su participación en los negocios del estado y por lo tanto en la construcción del nuevo país, es muy cauto en lo que se refiere a la orientación de una literatura en esa misma militancia. **"Cuando escribo, para mí no existe nada y estoy solo con mi obra. Mujer, hijos, el país entero desaparece, y lo único que me importa es expresarme artísticamente".** De ahí que prefiera un régimen de absoluta libertad creativa, tal como he encontrado defendido en los más diversos escritores y artistas israelíes, y desconfíe de toda imposición o cartilla programática. **"Nuestro país cuenta con abundantes obras sobre sus actividades y sobre el esfuerzo de sus ciudadanos: son casi reportajes, que tienen éxito y tienen su momento, pero no pueden asimilarse a una obra de creación artística. Obras del momento, con valor para el momento, pero de ahí a la literatura artística hay mucho camino".**

La juventud de esta literatura, la complejidad de la tarea, no le autorizan a precisar sus rasgos, y en verdad tampoco parece inclinado a buscarlos. Evidentemente entiende que el gran cometido de su generación estriba en la fundamentación de una literatura con obras de alta temperatura estética. Pero cuando a lo largo de nuestra conversación debe determinar algunos de sus caracteres básicos, los encuentra en los mismos que, para él, sostienen la empresa mayor de la invención del estado de Israel: **"En primer término una voluntad de ser, de existir, que es la que explica todas sus realizaciones hasta ahora. En segundo lugar el afán de ser un país de cultura europea, o más bien, occidental, con una amplitud completa de miras, influencias, corrientes. Por último la circunstancia de su existencia precaria y de su oposición al mundo que lo rodea: Israel existe como un enfrentamiento a los países que lo cercan".** Estos elementos son también los que sostienen una literatura, para Izhar, aunque pueda sospecharse que a través de ellos sea él quien se define.

Israel, y todos los países en formación desde China hasta el Senegal, se han afiliado con desesperación al mundo occidental, y están dispuestos a pagar con una larga servidumbre imitativa el ingreso a una comunidad exitosísima donde tienen esperanzas de triunfar. Me sospecho que sin embargo los mejores descubrimientos los harán en un campo más desmañado, más auténtico, más imprevisto para ellos mismos.

Izhar tiene razón en cuanto que no es imaginable que un pueblo puesto en una coyuntura creadora, vuelva la espalda a los mayores productos del mundo occidental: un escritor israelí no puede ignorar a Kafka, ni a Hemingway, ni a Sartre, y desde el momento que los conoce debe asumirlos y con ellos asumir una civilización entera. Nosotros sabemos algo de lo que eso significa, de sus virtudes y sus servidumbres.

A este testimonio de un gran escritor nuevo conviene agregar otro testimonio, el de un hombre que para muchos es un desaparecido, pero que sin embargo desde hace más de veinte años vive y trabaja en Israel: Max Brod. Este checo-alemán-judío, cuyo nombre es inseparable del de Kafka, de quien fue amigo y traidor albacea, vive en un barrio populoso de Tel Aviv, cercano al Mediterráneo, en un apartamento lleno de libros. Allí fui a visitarle.

★ *Brod: existe una literatura original*

Pequeño, macizo, con una cara grande, de rápida franqueza y fugaz desconcierto, Max Brod nos recibe en su pequeño apartamento —pesados muebles, numerosos libros— y se esfuerza para que podamos establecer un puente lingüístico.

Abriendo su **Autobiografía**, recientemente publicada, y cuya traducción francesa anuncia Gallimard bajo el título **Une vie pleine de luttes**, me lee esta frase: **"Yo no tengo talento para las lenguas extranjeras"** y acota en seguida **"Salvo el hebreo".** Formado en la cultura alemana, ésa es su lengua en la que escribe todos sus libros, y a la cual ha agregado en su madurez un conocimiento del hebreo. Del resto algo de francés que le permite leer en ese idioma. Una excelente traductora nos tiende dos manos y con ellas nos acercamos y conversamos.

Max Brod es, con Martin Buber —quien, muy anciano, vive retirado, trabajando siempre— la figura de más renombre internacional de las letras de Israel. Escribe y publica con un ritmo intenso, participa de la vida intelectual del país, es asesor de Habimah y ha aprovechado su influencia en Europa para traducir y dar a conocer en lengua alemana algunos autores nuevos de Israel, como el joven dramaturgo Meget (su **En el camino de Eilat** acaba de ser ofrecida en Austria).

Su vitalidad, —su juventud— es asombrosa, y él lo sabe. Cuando la conversación recae en ese tema y le pregunto la edad apela a la coquetería y me pide que la avalúe. Me equivoco en quince años y muy satisfecho exclama: **"Setenta y ocho, sí, nací en 1884".** Claro, pienso, a un año de diferencia la edad de Kafka si hubiera vivido. Hace 13 años que reside en Tel Aviv. Partió de Praga, con destino a Rumania, en el último tren salido antes de la ocupación alemana. **"Yo no lo sabía y me sorprendí al ver en la estación los uniformes alemanes. Mi viaje respondía a un instintivo sentido de peligro".** Este viaje forma parte del penúltimo capítulo de su **Autobiografía.** El último ya está consagrado a Palestina y a la literatura del país, y cuando le planteo a él la pregunta inicial de mi encuesta, responde afirmativamente y de modo clamoroso.

"Estoy convencido de que ya existe una literatura original, distinta. Tenemos autores diferentes de los europeos, que responden a las tradiciones propias del pueblo judío y que en él han inserto sus raíces". Y en ese entusiasmo se pone a revisar los que considera mayores valores, para él, Agnon y Shalom, así como las figuras más promisorias entre los jóvenes, empezando por Meget cuyas obras Brod ha prologado y ayudado a difundir.

Desde luego que en este entusiasmo no veo claramente distinguidos esos dos aspectos que se siguen confundiendo en muchos sitios: la literatura de escritores judíos que se expresan en alguno de los idiomas modernos y que, como trato de mostrar en estos apuntes, debe incluirse como un sector de las diferentes culturas en que esos escritores se han formado y expresado, de lo que comienza a manifestarse en lengua hebrea rediviva, y en tierra israelí. Max Brod, a pesar de sus trece años en Israel, sigue siendo un escritor checo de lengua alemana, no sólo por las coordenadas de su cultura y arte, sino hasta por algunos de los temas y géneros a que se inclina. Izhar, en cambio es un escritor israelí del período de formación de la nueva literatura hebrea.

De todos los escritores actuales, Max Brod prefiere a Shalom quien reside en Haifa, tiene una extensa obra publicada en géneros muy dispares (poesía, drama, narrativa) pero que ha alcanzado su mayor calidad en sus cuentos hasídicos. **"[illegible] es sólo un gran escritor de nuestro país** —afirma rotundamente Brod— **es uno de los grandes escritores de nuestro tiempo".** Emparentado en cierto sentido con Buber, vivió intensamente la aventura hasídica. Hijo de un rabino, formado en Alemania donde hizo sus estudios —cosa que lo aproxima al mundo familiar de Brod— ha contado su ingreso a Palestina y su vida infantil en un medio de devoción y de pintoresquismo acendrado. **La alta tensión de sus relatos no** disminuye la eficacia del toque humorista, **del gusto por la** comicidad en el dramatismo.

No es fácil, para Brod, señalar las orientaciones ambiciosas de esta literatura cuya existencia afirma jubiloso. En todo caso la siente muy embebida en una temática judía —ya doméstica e íntima en Shalom, ya social y de experimentación en Meget— y reconoce la influencia poderosa de las letras europeas del siglo. A esta altura estoy tratando de contener las preguntas sobre Kafka, pero ellas surgen con cierta naturalidad en el rubro influencias. **"Sí, en algunos escritores, de los más jóvenes, se percibe su influencia. Por ejemplo en la novela de Meget "La aventura de un loco", pero realmente no sé".** Es un dato a tener en cuenta: la estima, la admiración por un autor que muchos consideran parte del patrimonio de la nueva nación, como Lipschitz o como Chagall —cuyos hermosos vitrales en una sinagoga de Jerusalem, muy poco dicen sobre el rostro de este país, y sí mucho sobre el ghetto ruso y sobre la Escuela de pintura de París— no ha alcanzado para provocar una línea de continuadores ni siquiera de imitadores. Al parecer las circunstancias históricas del país son muy otras que las que dieron nacimiento al arte de Kafka.

Ya estamos en él. Para muchos lectores Max Brod, a pesar de su voluminosa y variada obra, es sólo el albacea de Kafka. **"¿No vaciló antes de decidirse a publicar las obras de Kafka, de acuerdo con su pedido?" "Nunca vacilé** —afirma esplendoroso, y agrega con un orgullo casi infantil—: **Es el mayor éxito literario de mi vida".** Nos enhebramos por ahí en una conversación sobre Kafka, el hombre, la obra, su valoración. En este último renglón, curiosamente se aproxima a una interpretación que acusa el subyacente realismo kafkiano, y entiende muchas de sus invenciones como transposiciones fantasiosas de lo real: **"Es un mundo individual y fantasioso, pero tiene rasgos que se han verificado exactamente. En "El Proceso", al comienzo, ¿recuerda la escena de los magistrados? El se adelantó a los tribunales de Hitler, tuvo una visión profética. Y en "La colonia penitencial", previó el futuro bajo la forma de pesadillas".**

Con frescura y alegría, como si no hubieran pasado casi cuarenta años desde la muerte de Kafka, Brod se pone a evocar momentos de su amistad mutua, de sus andanzas juveniles. Me muestra, en una bibliotequita, reunidos, todos sus libros y todos los libros de Kafka, y cada objeto que cae en sus manos le sirve para una rememoración. Un ejemplar de **L'Education sentimental** le recuerda una lectura conjunta: **"Eramos flaubertianos: este libro lo leímos juntos, letra a letra, y considerábamos a su autor como el modelo del escritor. No me creerá si le digo que nuestras mayores devociones, en aquellos años, eran Flaubert y Goethe".** Esta devoción ya la ha contado Kafka en su **Diario:** la creo, y me sigue resultando enigmática. Todo escritor traspasa al papel sus experiencias vivas, y luego en vez de rememorarlas, repite la página impresa: a medida que cuenta voy viendo aflorar su libro, sus artículos, los **Diarios** de Kafka, y parecería que nada queda aún inédito sin formularse.

¿Pero de qué escribe un escritor consagrado, en Israel? Brod ofrece la peculiar imagen de un escritor europeo. Luego de su **Autobiografía**, ha dado a conocer un libro sobre Karel Sabina, quien es el autor del texto de **La novia vendida.** Escritor de aspiraciones revolucionarias, en pugna con la policía austríaca, cuya vida y acción Brod ha contado en un libro ameno, a horcajadas entre la ficción y la historia. Ahora prepara uno sobre el gran humanista del XVI, Reuchlin, lo que lo ha llevado a un viaje de tres meses por Alemania recorriendo todas las ciudades en que residió Reuchlin para documentarse y tomar notas "in vivo". Reuchlin, que fuera un hebraizante destacado, un hombre en pugna con los poderes de las Academias, el autor de las famosas **Cartas**, fue también un cabalista. **"Y bien, hay un sentido en la Cábala. Contra los racionalistas, que piensan que es una locura yo creo que allí hay cosas muy profundas."**

Esta amplitud de temas delata a las claras el escritor europeo que sigue siendo. Brod y las inquietudes judías que mueven su creación, inquietudes de judío perteneciente a la comunidad cultural alemana. En su visión del futuro inmediato del país parece esbozarse una continuidad de esta actitud; algo similar se percibía en las palabras de un "sabra", Izhar. La cultura de Israel está en el período de Jonás: devorada por la ballena europea, está en su vientre, cumpliendo un confuso y ardiente proceso de integración, de absorción. Es difícil percibir signos originales, o mejor dicho distintos, en este momento formativo, pero es muy notoria la intensidad y la velocidad con que se trabaja, y la seriedad de la búsqueda. Sus primeros productos responden a las coordenadas de la civilización occidental y ya no hay duda de que ella será una marca profunda en la cultura hebrea del futuro, pero tampoco debe olvidarse que la mitad de la población es de origen oriental y que, por su bajo nivel educativo, todavía no ha comenzado a expresarse. Puede ofrecer sorpresas, pero, sobre todo, puede permitir un producto sincrético de los más curiosos del siglo, con lo cual sería fiel a su situación de enclave internacional (vuelvo a recordar Saint Jean d'Acre) puesto a la puerta del Medio Oriente.